

## 29° Domingo ordinario - 20 DE OCTUBRE 2024 (Is 53, 10-11; He 4, 14-16; Mc 10, 35-45)

La Iglesia nos invita en este domingo a detenernos en la realidad del amor de Dios por nosotros. Este amor es proclamado, no por palabras, sino por la entrega total de Dios a la humanidad, en Jesucristo considerado al mismo tiempo como el **"Siervo sufriente"** del libro de Isaías, el **"Sumo Sacerdote por excelencia"** en la carta a los hebreos y el **"Hijo del hombre"** Venido a servir, no a ser servido.



En este día, nada nos es ocultado del sufrimiento que siempre ha marcado a los siervos de Dios. Los profetas han sido enfrentados a oposiciones que van hasta los golpes, incluso la muerte. Ellos, sin embargo, solo decían la verdad; una verdad dictada por un Espíritu que venía de lo alto, que los acompañaba dándoles alimento y seguridad de su protección hasta el fin. Todos han sido probados y porque han permanecido fieles, han sido glorificados y nosotros los alabamos aún hoy.

El **"Siervo sufriente"** de Isaías nos describe con antelación la suerte que se reserva al Enviado del cielo para restablecer al hombre en su dignidad y permitirle ser purificado de sus pecados e infidelidades. El justo, mi siervo, se hará cargo de sus faltas; justificará a las multitudes.



El **"sumo sacerdote por excelencia"**, Jesús, no se contentó con presentar nuestras debilidades y ofrecer sacrificios y holocaustos en reparación de nuestras ofensas. Se ofreció a sí mismo, convirtiéndose al mismo tiempo en un gran sacerdote y víctima en nuestro lugar para nuestra justificación y redención que nada nos podía permitir obtener. Se necesitaba todo el amor del Padre por su Hijo para que fuéramos redimidos por Dios mismo.

El **"Hijo del Hombre"** descendió del cielo, encarnándose en nuestra naturaleza al nacer como nosotros de una mujer elegida y siempre virgen, vino a servir y dar su vida por la multitud, casándose con toda nuestra vida, salvo el pecado. Él ha vivido como nosotros, con sus padres y compatriotas durante años, sin que se hable de Él. Cuando entró en su misión, inmediatamente, por su justicia, su corrección de acuerdo con la Escritura, sus actos y enseñanzas, manifestó la sabiduría de Dios, su sabiduría. Esta Sabiduría, despojada de todo poder, de todo tener, de toda búsqueda de privilegios, ha obstaculizado evidentemente a los "grandes" instalados en sus certezas, su conocimiento y su autoridad. El Hijo del hombre se ha convertido en el chivo expiatorio, al que hay que cazar e incluso matar para que nada cambie... Cuando Santiago y Juan se dirigen a Jesús para obtener ocupar los lugares junto a Él en su Reino, no esperan que Jesús les anuncie que tendrán que sufrir y beber de su copa antes de obtener el lugar que solo Dios Padre les ha reservado, según su servicio y no según su cercanía a Jesús.

No se trata de alabar el sufrimiento purificador, sino de recordar que lo que cuenta es servir y no ser servido, es participar en la redención del mundo sabiendo que seremos juzgados (evaluados) a la luz de las bienaventuranzas y de Mt 25 (juicio final).



*Hno. Claude MARSAUD, fsg*